



GACETA DE MADRID

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO

CORRESPONDIENTE AL 25 DE MAYO DE 1881

DEDICADO

AL SEGUNDO CENTENARIO DE LA MUERTE DE CALDERON DE LA BARCA

Importante y digna de solemne conmemoracion es la fecha que hoy celebra Madrid, personificando la Nacion entera, para dar público testimonio del juicio que la posteridad otorga á las grandezas de la Patria, y del valor con que ésta enaltece á sus preclaros hijos. Ha llegado el dia en que España, como las demás naciones de la culta Europa, desechando la ingratitud de que algunos la motejan, ha querido dar clara y patente muestra de que tiene en mucho sus glorias, y las ensalza y las difunde en la apoteosis de uno de sus personajes más ilustres y esclarecidos.

Tal es la idea que domina y vivifica el acontecimiento que hoy viste de gala á la capital de la Monarquía española, y que une en el mismo pensamiento sin distincion alguna á todas las clases de la sociedad. Raro privilegio al fin de la justicia humana que distingue el verdadero mérito del talento y de la virtud en quien tuvo la fortuna de poseer ambas cualidades como las reunió en el siglo XVII nuestro compatriota D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA. Y las reunió y dió de ellas tales y tan repetidas pruebas que su testimonio se halla al alcance de todo el mundo.

El carácter de CALDERON DE LA BARCA, sus obras, la influencia de estas en la cultura general, su grandeza, en fin, no necesitan hoy mayor justificacion que la de su reconocimiento solemnemente proclamado por medio del actual *Centenario*, á cuyo esplendor concurr en españoles y extranjeros.

Faltábale pública consagracion de su fama, y la obtiene en este dia para siempre memorable en la historia. A ella contribuye principalmente la prensa

periódica por medio de sus órganos, y la GACETA DE MADRID no puede prescindir de dedicar algunas de sus columnas al clamor universal que excita el recuerdo del Príncipe de nuestros dramáticos.

Al rendir, pues, nuestro homenaje de respeto y admiracion al esclarecido poeta, no hallamos acentos más elocuentes que los de otro poeta contemporáneo expresados en ocasion solemne á propósito de CALDERON DE LA BARCA. Aludimos al malogrado Adelardo Lopez de Ayala, cuyo ingenio apareció como inspirado en el espíritu del escritor y filósofo del siglo XVII, y al cual le unian cualidades que le hacen ser considerado como uno de sus más genuinos intérpretes.

Trascribimos de su discurso de entrada en la Academia Española (25 de Marzo de 1870) los párrafos siguientes:

«Propósito inútil ó temerario parecerá á muchos emprender la crítica ó panegirico de D. Pedro Calderon de la Barca, cuyo mérito ha sido ya depurado en el juicio definitivo de la posteridad. Los ingleses le alaban, los franceses é italianos le imitan con frecuencia, y los alemanes le estudian incansables y le aplauden con creciente entusiasmo.»

«Yo, en efecto, creeria innecesario este corto homenaje de admiracion al ingenio del poeta, de respeto á la nobleza del Caballero y de veneracion á la virtud del Sacerdote, si mis palabras hubieran de encerrarse en este sitio, seguro de que no es aquí donde hay necesidad de avivar el amor á las glorias nacionales; pero estos discursos se imprimen, y copiándolos la prensa periódica, suele extenderlos hasta los últimos rincones de España, donde desgraciadamente es más alabado que leído el autor de *La vida es sueño*. Entiendo además que en un perio-

do en que la duda, contaminando todos los espíritus, debilita el alma y hace indecisa la forma de nuestra literatura, no es fuera de propósito fijar una vez más la atención en aquel autor afortunado que jamás dudó, y cuya firmeza de creencias y miras artísticas presta á sus obras la severa unidad que tanto contribuye á la honda impresión que causa su conjunto. Cuando olvidados de lo que fuimos, y esquivando el trabajo de estudiar lo que somos y de enseñar lo que debemos ser, pedimos á los extraños cotidianas inspiraciones, que mal disfrazadas de españolas inundan nuestros hogares, produciendo igual estrago en las conciencias y en el idioma, no me parece inútil insistir en la recomendación del gran poeta, á quien era imposible dejar de ser español ni por un momento, y en cuyas obras palpita entero el corazón de la Patria. Cuando invaden nuestro teatro una literatura dramática atolondrada y raquítica, que unas veces frívola, sin ingenio nos roba el tiempo sin producir deleite ni enseñanza, y otras, al sentir la frialdad de su pobreza, se finge honrada y católica, y sermonea y lloriquea para conseguir la limosna del aplauso, surge espontáneo en nuestra memoria el dueño de las grandes riquezas, el padre de los grandes efectos teatrales, el que, siendo de veras católico y honrado, creyó que para animar la escena necesitaba además ser inventor y poeta. Y en fin, cuando dentro y fuera de España hormiguean en el campo literario tantos mendigos de aplausos, famélicos de publicidad, que embriagados del amor que se profesan nos refieren minuciosamente los detalles más nimios de su vida como asunto el más interesante á las presentes y futuras generaciones; fatigan la fotografía y visten las esquinas con sus estampas, y pródigos de sí mismos nos brindan con sus personas en todas partes, nueva y peligrosa epidemia que tiende á rebajar el carácter de los cultivadores de las letras; naturalmente se levantan los ojos á aquel varón magnánimo y constante; más olvidado de su persona y de sus obras que lo que á la gloria de España convenia, cuya cristiana modestia permaneció inalterable en medio del favor de tres Monarcas, del aplauso de todas las naciones y de la veneración de todo un siglo, y que, si una vez habló de sí mismo, fué para mandar en su testamento que lo llevaran á la sepultura con el rostro descubierto para desengaño de las miserias y vanidades del mundo.....

.....» Lógicamente se deduce de las consideraciones expuestas que la misma naturaleza del teatro exige del autor dramático dos facultades primordiales y esenciales: la de identificarse en afectos, ideas, creencias y aspiraciones con el pueblo en que ha nacido, y la de adivinar la manera de darles vida y realce sobre la escena. «Espíritu de nacionalidad, intuición de la forma y del efecto.»

«Pues estas dos condiciones del teatro, estas dos alas de la inspiración dramática ¿quién, Sres. Académicos, quién en los tiempos pasados ni presentes las ha agitado con fuerza tan poderosa y constante como D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.»

«Por una coincidencia que suspende y admira, las exigencias nacidas de la íntima naturaleza del teatro se convierten al examinar las obras de este autor en sus cualidades más distintivas, en sus rasgos más propios, confundiéndose en una sola abstracción el arte y el artista. Lo que en el teatro es esencial, en CALDERON es característico.»

«Fuerza será decir algo de los elementos que constituían la España de su tiempo para apreciar debidamente hasta qué punto supo inspirarse en ellos y presentarlos en la escena con todo el encanto y maravilloso relieve del arte.»

Después de exponerlos sucintamente, prosigue

Ayala: «Tal era la España que D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA se propuso reproducir en la esfera del arte; pues aunque en el siglo XVII eran ya evidentes los síntomas de su decadencia, aunque ya podía pronosticarse que aquella voraz excitación del espíritu había de concluir debilitando todos los miembros de la gigantesca Monarquía, aun no había mediado el espacio de tiempo que necesita el infortunio, por violento que venga, para estragar los afectos y rebajar el carácter de una Nación sostenida por la fé, fortificada en tan rudas pruebas y ensoberbecida con el laurel de tantas victorias.»

«Basta recordar los títulos de las obras de CALDERON para comprender que componen su teatro los mismos elementos que hemos señalado como constitutivos de la sociedad española. Examinémoslos separadamente.»

Extiéndese Ayala en exponer consideraciones adecuadas á este punto, y no podemos prescindir de las siguientes:

«Nada deja que desear el teatro de CALDERON en esta materia. Desde las más sutiles cavilosasidades del pundonor hasta las más sencillas exigencias de la honradez; desde el empeño en que un incidente casual pone á varios caballeros de sacar las espadas, hasta las terribles consecuencias del agravio más trascendental en el hogar doméstico, no hay situación que no se presente, carácter que no se describa, ni teoría que no se desenvuelva.»

«En la célebre comedia titulada *Con quien vengo*, *vengo*, prometen separadamente los dos Ursinos, padre é hijo, apadrinar el uno á Sancho, y el otro á Octavio en un lance que debe ser sangriento, según el agravio que lo motiva. Salen los cuatro al campo; al ver el hijo á su padre en el bando contrario, quiere buscar algún medio que excuse el desafío: son notables las palabras del anciano:

Quando al lado de otro hombre
el que es caballero sale,
no ha de dar medio ninguno
porque él para nada es parte.
Con Don Sancho vengo aquí;
yo no soy mio este instante:
bien hecho estará y bien dicho
cuanto hiciere y cuanto hablare.
Si él riñere, he de reñir;
haré paces, si hace paces;
que yo con quien vengo, vengo,
y aquí no conozco á nadie.

«Riñen Sancho y Octavio: padre é hijo, cumpliendo con la costumbre de la época, cruzan las espadas: ambos tienen por ménos doloroso exponerse á derramar su propia sangre que dar ocasión á que se dude del cumplimiento de su palabra.»

«*Los empeños de un acaso*, ingeniosísima comedia, es un tratado completo de honor caballeresco.»

«Ni las mujeres se mostraban contrarias á esta peligrosa bazarria de los hombres, que ántes participaban á su modo del mismo espíritu pendenciero: así aparecen en *Tambien hay duelo en las damas*, *¿Cuál es mayor perfección?*, y muy especialmente en *El postrer duelo de España*. En esta comedia, no tan celebrada como merece, al reñir con su rival Don Pedro Torrellas, tiene la desgracia de que se le caiga la espada de la mano y sufre la mortificación de deber la vida á la generosidad de su adversario. Divúlgase el lance, á pesar del secreto que ofrece el vencedor. Dos mujeres amaban á D. Pedro: ambas le abandonan. Una le dice:

Estimo, don Pedro, y amo
más que á vos á vuestro honor;
y así, adios, hasta miraros,
don Pedro, vengado ó muerto.

La otra aún es más altiva: asegura que jamás podrá pertenecer

á un hombre tan desairado
que en campal duelo la espada
se le caiga de la mano,
y para vivir conmigo
venga con desdoro tanto
que lo que viva, lo viva
á merced de su contrario.

«Difícilmente se apartan los hombres de lo que aplauden las mujeres. D. Pedro, juzgando que su rival ha quebrantado la ley del secreto, y apoyado en los fueros de Castilla y de Aragon, pide campo al Emperador Carlos V para probar, en singular batalla, que su contrario

anduvo mal caballero
en no matar con la espada
á quien con la lengua ha muerto.

«Concede y preside el combate el mismo Emperador, y cuando manda que se suspenda, haciendo suya la honra de los combatientes, se vuelve al Condestable y le dice:

Escribase luego al Papa
Paulo tercero, que hoy
goza la Sede, una carta
en que humilde le suplique
que esta bárbara, tirana
ley del duelo, que quedó
de gentiles heredada,
en mi reinado prohiba
en el concilio que hoy trata
celebrar en Trento.

«Ya veis que si el poeta pinta con entusiasmo y brio las cualidades mal empleadas en un duelo, el filósofo lo califica de bárbara y tiránica herencia de gentiles.—Siempre que la pasión á la honra cae en error ó raya en fanatismo, expone con el vigor que le es propio la verdadera doctrina, aunque dejándose llevar despues del torrente de la opinion. Era demasiado español para no incurrir en este gallardísimo defecto.»

«No fueron solamente la religion, el valor, la lealtad y la honra objeto del teatro de CALDERON; lo fué tambien el amor, y como prueba de esto dice Ayala:

«Aquella dulce y poderosa pasión, alma del arte, encanto de la vida y perpétua invasora de las regiones ideales, aparece en su teatro con la expresion propia del tiempo y del carácter en que se desenvuelve, y sin perder nunca ninguno de los atributos con que reina por igual en todos los humanos.

«Un vicio de su época y una gran cualidad de nuestro autor han contribuido igualmente á que muchos le juzguen incapaz de sentir y expresar afectos amorosos. Cierta que su estilo enérgico y dramático por excelencia, cae frecuentemente en afectacion: no la disculpo; él mismo se burla de ella en varios pasajes de sus obras, y en uno asegura formalmente que muchas veces descaee el que escribe de sí mismo, por conveniencias del pueblo ó del tablado. Y así, pues, incurrió en este defecto por acudir á la primera y más perentoria necesidad de un autor dramático: la de ganarse su auditorio..... El ardiente espiritualismo que le caracteriza le ha granjeado la indiferencia de todas las almas que aguardan para conmoverse el aviso de los sentidos: creyó CALDERON que sólo el espíritu era digno campo de las pasiones en que el arte se emplea, y siempre desdeñó el fácil camino de sobornar la materia para ganarse la voluntad y excitar el entusiasmo. Hijo del alma es el lenguaje de todos sus enamorados, y merced al crédito que adquieren tolera el decoro sin impaciencia la atrevida conducta de algunas de sus damas.»

«Pero prescindamos del colorido, y fijemos la

vista en el dibujo; no confundamos el traje con la figura, y veremos que á pesar de la balumba del guarda-infante, la mujer es bella, cariñosa y altiva, y que la actitud del galan, no obstante su cuello acanalado y pomposo, es digna é imponente, y su fisonomía enérgica y apasionada.»

«Si examinamos en conjunto todas las formas en que presenta la pasión amorosa, hallaremos agotadas en su teatro cuantas penas, placeres, travesuras, hazañas y crímenes puede inspirar al hombre.»

«Animando la encantadora fábula de los griegos, nos presenta al hijo de Vénus, que embelesado en la hermosura de Psiquis, depone el arco y la flecha, y herido con sus propias armas y sintiendo en su pecho todas las penas que ha producido en los ajenos, manifiesta con general alborozo de sus víctimas que *Ni amor se libra de amor*. Hércules, vencedor de hidras y serpientes, recobra nueva vida; y sintiendo de nuevo su pasión á Iole, confiesa apenado que si él ha vencido fieras, *Fieras afemina amor*..... Tremendos son los efectos de la amorosa llama en la singularísima creacion de *La hija del aire*. Aquel Menon, favorito de Nino, que al dar libertad á la salvaje Semiramis, se apasiona de ella hasta el punto de intentar elevarla desde la gruta en que la encuentra hasta el palacio en que él habita; que compelido despues por su rey, insiste en su empeño y tiene el valor de confesárselo á él mismo, y envenenado con el recuerdo del momento en que fué correspondido, suelta la rienda á su pasión y pierde la privanza, la hacienda, el honor y hasta los ojos, que él rey, ya tirano, manda sacarle para que no la vea; y aun así busca á tientas los sitios donde pueda oír aquella voz tan funesta como idolatrada: aquel rey, tan justo por su naturaleza, tan impío por su pasión; aquella soberbia Semiramis que abandona á su bienhechor, avasalla á su soberano y sube al trono pensando en mayores grandezas, dejan el ánimo conmovido y absorto, tristemente considerando que no hay catástrofe á que el amor no pueda conducir, ni sima más difícil de llenar que el alma de una mujer ingrata.....»

«Humano y universal, sin dejar nunca de ser español, compuso sus obras con los mismos elementos que constituian nuestro carácter. Animadas por su genio, contemplamos eternamente vivas las altas cualidades de nuestros padres, como merced á la ceniza del Vesubio nos paseamos hoy por las calles de Pompeya.....»

«No puedo ya detenerme, continúa el Académico Ayala, en contestar minuciosamente, como era mi propósito, á todos los cargos fulminados contra nuestro autor desde que en el siglo pasado comenzó á penetrar nuestra literatura el espíritu francés hasta la triunfante aparicion del romanticismo; revolucion á que en gran manera contribuyó la influencia contrariada, pero nunca extinguida, de las obras que analizamos: batalla que, como el Cid, ganó CALDERON despues de muerto.....»

«Cierta que era incorrecto; pero como lo es, examinada por partes, la naturaleza: estos detalles defectuosos, sólo vistos desde la altura del conjunto, adquieren sus debidas proporciones. Perfectísima hallaríamos la naturaleza, si pudiéramos contemplarla desde la mente del Creador.»

«La perspectiva teatral, clara siempre á sus ojos, como nota entusiasmado Schlegel; el inmenso horizonte de que rodea los cuadros que traza; la fría exactitud con que calcula el efecto; la rica fantasía con que lo poetiza, cualidades antitéticas que nadie, ántes ni despues, ha logrado juntar en grado tan eminente; la inagotable inventiva de su fábula; la amplitud con que la dispone; la facilidad con que la

reconcentra; la serena superioridad con que la domina, apareciendo siempre lógico y siempre inesperado, ponen en su teatro un sello de grandeza y originalidad, que nosotros no podemos apreciar cumplidamente, porque, difundida su influencia por todas las venas de la literatura dramática, ántes hemos conocido las imitaciones que el modelo, y no percibimos en toda su fuerza la alta novedad que con tanto regocijo y asombro gozaron sus primeros espectadores.»

«Corneille le debe su *Heracles*: Molière halló sus *Mujeres literatas* en *No hay burlas con el amor*. En *El mágico prodigioso* está *El Fausto* de Goethe. *Gustos y disgustos son no más que imaginación* sugirió á Dumas la *Gabriela de Belle-Isle*. En *La hija del aire* están idénticos los caracteres que dieron vida á *Catalina Howard*. Una sola cualidad de CALDERÓN le bastó á Scribe para dominar por largo tiempo el teatro de Europa. Muchos son sus imitadores; todos sus favorecidos.»

«No ha dado despues el teatro un paso tan gigantesco como el que dió á su impulso. Si en él expuso una sola civilización, hizo capaz su esfera de contener todas las sucesivas evoluciones del espíritu. El alma es de su tiempo, la forma parece inspirada por el presentimiento de los futuros.»

«La Patria, concluye Ayala, le debe un monumento elevado en honra de todas sus grandezas morales; el mundo la dilatación de las fronteras del arte, y un alto ejemplo de integridad y honor los que fueron testigos de su vida.—El poeta despertó un entusiasmo que aun no se ha extinguido; el hombre mereció un respeto á que jamás osaron la mordacidad ni la envidia en el siglo de Quevedo y Villamediana.—¡Rara y dichosa union de la virtud y el genio! ¡Feliz mil veces quien tales dones recibe del Creador, y más feliz todavía quien tan dignamente los emplea!»

Así termina Ayala su elocuente discurso digno de la justicia que merecen los pensamientos y las obras del autor de *La vida es sueño*.

A continuación transcribimos algunas escenas tomadas al acaso de las obras de tan esclarecido ingenio.

De *La hija del aire*, segunda parte, la escena tercera de la jornada siguiente.

JORNADA PRIMERA.

Lidoro, con banda en el rostro, la cual se quita al hacer la reverencia: Friso, Licas y acompañamiento.—Semiramis, sus damas y músicos.

LIDORO. Hasta llegar á verte,
cubierto tuve el rostro desta suerte,
por no desmerecer en tanto abismo,
¡oh gran reina de Siria! por mí mismo
lo que á merecer llevo
como mi embajador.

SEM. Y no lo niego,
pues si supiera que eras
tú de tí embajador, de mí no fueras
dentro de mis palacios admitido;
pero ya que has venido,
tratarle en todo intento
como á tu embajador.—Dadle un asiento
en taburete raso y apartado,
sin que toque en la alfombra de mi estrado.
—Dí ahora lo que intenta,
embajador, el Rey.

LIDORO. Escucha atenta,
ya te acuerdas, Reina invicta
del Oriente (á cuyos hechos,
para haberlos de escribir,
coronista tuyo el tiempo,
da pocas plumas la fama,

poca tinta los sangrientos
raudales de tus victorias,
y poco papel el viento),
ya te acuerdas de que yo,
disfrazado y encubierto
por la hermosura de Irene
(beldad que hoy muerta venero,
deidad que ausente idolatro,
y uno y otro reverencio);
serví á Nino, esposo tuyo,
que hoy, de la prisión del cuerpo
su espíritu desatado,
reina en más ilustre imperio.
Y ya te acuerdas, en fin,
de que á esta ocasión vinieron
nuevas del reino de Lidia,
mi feliz patria, diciendo
que Estorbato, Rey de Batria,
tomando por mí el pretexto
de la guerra, pretendia
restituirme á mi reino,
y que yo le acompañaba;
porque para dar por cierto
el vulgo lo que imagina,
basta pensarlo sin verlo.
Nino, embarazado entónces
en otros divertimientos,
hallándose bien servido
de mí en la paz, y queriendo
servirse de mí en la guerra,
de general me dió el puesto
para el socorro de Lidia:
¿Quién creerá que á un mismo tiempo
Arsidas contra Lidoro
se viesse nombrado, y siendo
Lidoro y Arsidas yo,
en dos contrarios opuestos,
allí rey y aquí vasallo,
marchase contra mí mismo?
A otro día, pues, que Nino
Reina te juró... no quiero
acordarte de aquel día
los admirables portentos,
pues el cielo que los hizo
sólo sabrá inferir dellos
si fueron de tu reinado
ó vaticinios ó agüeros;
y aun Menon también pudiera
decirlo, siendo el primero
que examinó tus rigores,
pues vivió abatido y ciego,
hasta que desesperado,
ó con rabia ó con despecho,
al Eufrates le pidió
su rápido monumento.
A otro día, pues, que Nino
Reina te juró (aquí vuelvo),
salí de Ninive yo,
marchando á los palmirenos
campos, que cuna del sol
me alojaron en su centro.
Aquí cuando los de Lidia
trémolar al aire vieron
de Nino los estandartes
cobraron ánimo nuevo,
como temor los de Batria;
pero despues que supieron
que era yo quien los regia,
se trocaron los afectos,
creyendo todos que fuera
la parcialidad siguiendo,
traidor á la confianza
que Nino de mí había hecho.
Yo, pues, más que á mi interés,
á mi obligación atento,
de lo neutral de la duda
me desempeñé bien presto,
porque llegando Estorbato
á verse conmigo en medio
de los dos campos, así
le dije: «De parte vengo
de Nino, esta gente es suya,
la confianza que ha hecho
de mí engañado de mí,
satisfacérsela tengo;

que yo soy antes que yo,
y no monta estado y reino
más que mi honor.» Quiso entonces
convencerme con pretexto
de que cobrar yo mi patria
no era traicion; y en efecto,
desavenidos los dos,
él osado y yo resuelto,
la batalla prevenimos,
en cuyos duros encuentros
llevé lo mejor, que como
jugaba entonces mi aliento
por otro, gané; que en fin
tahir desdichado, es cierto
que los restos gana, cuando
no gana nada en los restos.
Volvióse á Batria Estorbato
desbaratado y deshecho,
y yo en el nombre de Nino
á Lidia aseguré, haciendo
que solamente se oyese:
«¡Viva Nino, que es rey nuestro!»
Llegaron entrambas nuevas
á sus oídos, y viendo
de confianza y valor
en mí dos vivos ejemplos,
admirado y obligado
de mi lealtad y mi afecto,
uno y otro me pagó
con Irene, conociendo
que tantas nobles finezas
no se premiaran con menos.
Díome con Irene á Lidia,
mi misma patria, advirtiéndome
que había de reconocerle
feudatario en el imperio.
En esta tranquilidad
gozoso viví y contento,
hasta que se subió á ser
astro añadido del cielo,
dejando en prendas de humano
á Iran, hijo suyo, bello
retrato de Amor, con quien
sus soledades divierte.
En este intermedio quiso
el gran Júpiter supremo
que súbitamente Nino
también muriese. No puedo
excusar aquí el seguir
(perdóname si te ofendo)
la voz común, que en su muerte
cómplice te hace, diciendo
que al verte con sucesion
que asegurase el derecho
de sus estados (pues Ninias,
jóven hijo del Rey muerto,
afianzaba la corona
en tus sienes), tu soberbio
espíritu levantó
máquinas sobre los vientos
hasta verte reina sola;
fácil es de tí creerlo.
Esta opinion asegura
al ver que hiciste, primero
que él muriese, que te diese
por seis dias el gobierno
de sus reinos, en los cuales,
á los alcaides que fueron
de Nino hechuras, quitaste
las plazas fuertes, poniendo
hechuras tuyas, y así
en todos los demás puestos.
Siguióse á esto hallar á Nino
una mañana en su lecho,
sin que antes le precediese
crítico accidente, muerto.
Y aun no falta á quien diga
que lo cárdeno del pecho,
lo hinchado del corazon,
son indicios verdaderos
de que del difunto rey
fuese homicida un veneno,
tan traidoramente osado,
tan osadamente fiero,
que imágen ya de la muerte

hizo dos veces al sueño.
Tambien de tu tiranía
es no menor argumento
el ver que teniendo un hijo,
desta corona heredero,
hijo tuyo, y tu retrato,
con todo lo que es el cuerpo,
sin nada de lo que es alma,
le crias con tal despego,
que de Ninive en la fuerza,
sin el decoro y respeto
debido á quien es, le tienes,
donde de corona y cetro
tiranamente le usurpas
la majestad y el gobierno.
De todos aquestos cargos,
como hermano del Rey muerto
(pues fui de su hermana esposo,
de quien hoy sucesion tengo,
que á aquesta corona aspire),
á residenciarte vengo:
porque si es así que tú
diste muerte, y yo lo pruebo,
á Nino, tú, ni tu sangre
habeis de heredarle, y entro
como pariente mayor
yo en el perdido derecho
de los dos; y como en fin,
de los reyes en los pleitos
es tribunal la campaña,
jurisconsulto el acero,
y la fortuna el juez,
con armadas huestes vengo
de ejércitos numerosos,
que inundando los amenos
campos hoy de Babilonia,
pongan á sus muros cerco.
Porque no ignores la causa
que para esta guerra tengo,
como mi embajador quise
hacerte este manifiesto.
Y así, en tanto que estos cargos
se articulan y de ellos
no te absuelves, te has de dar
á prision, ó yo, cumpliendo
con haberlos intimado,
podré sin calumnia ó riesgo
de tirano, publicar
el asalto á sangre y fuego,
para que el cielo y la tierra
vean cuánto soy tu opuesto;
pues tú, como fiera ingrata,
quitas la vida á tu dueño;
y yo, como can leal,
le sirvo despues de muerto.
No sé cómo mi valor
ha tenido sufrimiento
hoy para haberte escuchado
tan locos delirios necios,
sin que su cólera ardiente
haya abortado el incendio,
que en derramadas cenizas
te esparciese por el viento.
Pero ya que esta vez sola
templada me he visto, quiero
ir, no por tí, mas por mí,
á esos cargos respondiendo.
Dices que ignoras si fué
aquel eclipse sangriento
del dia que me juraron
ó favorable ó adverso;
y bien la causa pudieras
inferir por los efectos,
pues no agüero, vaticinio
sería el que dió sucesos
tan favorables á Siria
desde que yo en ella reino.
Diganlo tantas victorias
como he ganado en el tiempo
que esposa de Nino he sido,
sus ejércitos rigiendo,
Belona suya; pues cuando
la Siria se alteró, vieron
los castigados rebeldes
en mi espada su escarmiento.

SIRIA.

Sobre los muros de Cária,
cuando estaba puesto el cerco,
¿quién fué la primera que
la plaza escaló, poniendo
el estandarte de Siria
en su homenaje soberbio,
sino yo? ¿Quién esguazó
el Nilo (ese monstruo horrendo
que es con siete bocas hidra
de cristal) en seguimiento
de la rota que le di
al gitano Tolomeo?
En la paz, ¿quién las dió más
esplendor, lustre y aumento
á las políticas doctas
con leyes y con preceptos?
Babilonia, esta ciudad
que desde el primer cimiento
fabriqué, lo diga; hablen
sus muros, de quien pendiendo
jardines están, á quien
llaman pensiles por eso.
Sus altas torres, que son
columnas del firmamento,
también lo digan, en tanto
número, que el sol saliendo,
por no rasgarse la luz,
va de sus puntas huyendo.
Pero ¿para qué me canso,
cuando mis obras refiero,
si ellas mismas de sí mismas
son las corónicas? Luego
recibirme á mí con salva,
al jurarme, todo el cielo,
padecer de asombro el sol
y de horror los elementos,
pues siguieron favorables
á esta causa los efectos,
bien claro está que serian
vaticinios, y no adivinos.
En cuanto á que di á mi esposo
muerte, ¿no es vano argumento
decir que, porque me dió
antes de morir el reino
por seis dias, le maté?
¿No alega en mi favor eso
más que en mi daño? Sí: pues
si vivía tan sujeto,
tan amante y tan rendido
Nino á mi amor, ¿á qué efecto
había de reinar matando,
si ya reinaba viviendo?
Decir que á Ninias mi hijo
de mí retirado tengo,
y que siendo mi retrato
parece que le aborrezco,
es verdad lo uno y lo otro;
que como has dicho tú mismo,
no me parece en el alma,
y me parece en el cuerpo.
Es Ninias, según me dicen,
temeroso por extremo,
cobarde y afeminado;
porque no hizo solo un yerro
naturaleza en los dos
(si es que lo es el parecernos),
sino dos yerros: el uno
trocarse con su concepto,
y el otro, habernos trocado
tan totalmente el afecto,
que yo mujer, y él varón,
yo con valor y él con miedo,
yo animosa y él cobarde,
yo con brío, él sin esfuerzo,
vienen á estar en los dos
violentados ambos sexos.
Esta es la causa por que
de mí apartado le tengo,
y por que del reino suyo
no le doy corona y cetro,
hasta que disciplinado
en el militar manejo
de las armas y en las leyes
políticas del Gobierno,
capaz esté de reinar.

Mas ya que murmuran de eso,
(A uno del acompañamiento).

parte, Licio, y di á Lisias,
ayo suyo, que al momento
Ninias venga á Babilonia:
verán su ignorancia, viendo
que es pródigo en esta parte,
y no tirano, mi intento.
Y ahora á la conclusion
de tus discursos volviendo,
de que vienes destos cargos,
Lidoro, á ponerme pleito,
ya que no me dé á prision;
sólo responderte quiero
que aunque pudiera esperar,
fiada en aqueos inmensos
muros, el asalto, no
me consiente el ardimiento
de mi cólera que apele
á lo prolijo del cerco.
A la campaña saldré,
y así, vete, vete presto
á formar tus escuadrones;
que si te detienes, temo
que la ley de embajador
su inmunidad pierda, haciendo
que vuelvas por ese muro
tan breves pedazos hecho,
que seas materia ociosa
de los átomos del viento.

LIDORO. Pues si á la batalla intentas
salir, en ella te espero.

LICAS. Y en ella verás que tiene
vasallos cuyos esfuerzos
sus laureles aseguran.

LIDORO. En el campo lo veremos.

FRISO. Si verás, tan á tu costa,
que llores, Lidoro, al verlo.

LIDORO. Quien menos habla, obra más.

LICAS. Pues á obrar más.

FRISO. A hablar menos.

LIDORO. Toca al arma. (Váse)

LICAS. Al arma toca.

SEM. Dadme ese bruñido acero,
seguidme todos, y tú,

LICAS. Licas, ostenta hoy tu esfuerzo.
No entiendo á qué fin persuades
á mi valor, conociendo
ya mi valor.

SEM. No te admires;
que yo tampoco lo entiendo.
Tocad al arma, y en tanto,
vosotras tenedme puesto,
mientras salgo á la campaña,
el tocador y el espejo,
porque en dando la batalla,
al punto á tocarme vuelvo. (Váse.)

Mañanas de Abril y Mayo, otra de las comedias
de CALDERON, contiene la siguiente

ESCENA III.—JORNADA 1.^a

D. JUAN Y D. PEDRO.

D. PEDRO. Ya estoy solo, y solo espero
Que me digais ¿qué queréis?

D. JUAN. Cerrad la puerta.

D. PEDRO. Suspenso
Me teneis. Ya está cerrada.

D. JUAN. (Desembozándose.)
Pues ahora á esos piés puesto,
Me dad, Don Pedro, los brazos.

D. PEDRO. ¿Don Juan amigo? ¿Qué es esto?
¿Cómo os atreveis á entrar
Así en Madrid, sin que el riesgo
De vuestra vida mireis?

D. JUAN. Como la muerte no temo,
Así no guardo la vida;
Que ya, de tratarlas, tengo

Con la compañía perdido
 A mis desdichas el miedo.
 Ya sabeis (como quien fué
 Por la vecindad, tercero
 De mi desdichado amor)
 Aquel venturoso tiempo
 Que amé á Doña Ana de Lara,
 Cuyo divino sugeto
 Se coronó de hermosura,
 Se laureó de entendimiento.
 Ufano con mi esperanza,
 Y con su favor soberbio,
 Viví. En esto no me alabo,
 Antes me desluzco en esto;
 Que en materias de favores
 Es tan desdichado el premio,
 Que es el que los goza más
 El que los merece ménos.
 Ya sabeis que viento en popa
 Este amor, este deseo,
 En el mar de la fortuna
 Tuvo de su parte al Cielo,
 Hasta que, alterado el mar,
 El bajel del pensamiento
 En piélagos de desdichas
 Corrió tormenta de celos.
 Una noche.... Ciegamente
 Lo que vos sabeis os cuento;
 Pero dejad que lo diga,
 Ya que es el pesar tan necio,
 Que repetirle el dolor
 Es repetirle el consuelo.
 Una noche, pues, salí
 De su casa yo, creyendo
 Que para mí sólo estaba
 El falso postigo abierto
 De un jardín, cuando, llegando
 A abrirle (¡ay Dios!) por de dentro,
 Hácia la parte de afuera
 Torcer otra llave siento.
 Suspendo la accion, y á un lado
 Me retiro, por si puedo
 Mis celos averiguar,
 Si es que han menester los celos,
 Para estar averiguados
 Más diligencia que serlo.
 Entreabrieron el postigo,
 Y á la poca luz que dieron
 Las estrellas en la calle,
 Entrar solo un hombre veo
 Que sin luz y sin razon
 Andaba dos veces ciego.
 Bien le pudiera matar
 A mi salvo entónces; pero
 Quise apurar la malicia
 A mis desdichas, y quedo
 Me estuve un rato. ¡Mal haya
 Tan curioso sufrimiento!
 El tentando las paredes
 (Que no estaba, no, tan diestro
 Como yo en ellas, que habia
 Estudiadolos más tiempo),
 Llegó á tropezar en mí;
 Y desalumbrado viendo
 Que habia gente en el portal,
 Dijo atrevido y resuelto:
 «No puede haber aquí nadie,
 Que matarlo ó conocerlo
 No me importe: otro no tenga
 las desdichas que yo tengo.»
 No sé qué le respondí,
 Y los dos con un esfuerzo
 Hasta la calle salimos,
 Donde los dos cuerpo á cuerpo
 Reñimos, hasta que igual
 Partió la fortuna el duelo
 Entre los dos (¡ay de mí!);
 Pues á quien me dió primero
 Celos, le di yo la muerte,
 Como quien dice: «Hoy intento
 Que sea paz de nuestra lid,
 O morir, ó tener celos;»
 Y dándome lo peor,
 Quedé celoso, y él muerto.
 Al ruido de las espadas

Llegó la justicia luego,
 Y yo, apelando á los piés
 De la ejecucion que hicieron
 Las manos me puse en salvo:
 Mas no tanto, que cogiendo
 Un criado que esperaba
 Con un rozin en el puesto
 No dijese á la justicia
 Quién era. Sólo por esto
 Son señores los señores,
 Que al fin se sirven de buenos.
 Con esta declaracion
 Me ausenté; mas no pudiendo
 Vivir ausente y celoso
 Desta manera me he vuelto
 A Madrid, y confiado
 En vuestra amistad, me atrevo
 A venirme á vuestra casa;
 Y escarmentado en efecto
 De la lengua de un criado
 Me he recatado del vuestro.
 Aquí estaré algunos dias.
 Sólo hasta saber si puedo
 Ver á Doña Ana, por quien
 Tantas desdichas padezco;
 Que aunque es verdad que ofendido
 Estoy, la estimo y la quiero
 Tanto, que sólo á quejarme
 Hoy á la Corte me vuelvo,
 Por ver si acaso (¡ay de mí!)
 Se disculpa; que si llevo
 (Hablándola alguna noche
 Siendo vos sólo el tercero)
 A oír satisfaccion (que ántes
 Que ella la diga, la creo)
 Me iré á Flándes consolado
 De que sus disculpas llevo
 Que haciendo amistades, sean
 Camaradas de mis celos.
 Porque así estaré seguro
 Que ni el pesar ni el contento
 Me maten: bien como aquel
 Que está herido de un veneno
 Y otro veneno le cura;
 Que este es el último extremo
 De un hombre celoso, pues
 No puede, ni yo lo creo,
 Hacer de su parte más
 Que decir: «Quejoso vengo
 A creer cuanto digais:
 Y pues que vivir no puedo,
 Hacer que muera del gozo
 Si he de morir del tormento!»

D. PEDRO En dos empeños me pone
 La merced que me habeis hecho
 De valeros desta casa
 Y de mí, y es el primero,
 El ampararos en ella;
 Y así cortésmente ofrezco
 Casa, hacienda, honor y vida,
 Don Juan, al servicio vuestro.
 El segundo es ayudaros
 En vuestro amor. Para esto
 Y para todo, es forzoso
 (Supuesto que él ha de veros)
 Fiaros dese criado,
 Que aunque há poco que le tengo,
 Tengo dél satisfaccion.
 No hablo ahora en vuestro pleito,
 Que ya sabeis que un Don Luis
 De Medrano, que era deudo
 Del muerto, es quien se ha mostrado
 Parte.

D. JUAN. Ya nos conocemos

Los dos.

D. PEDRO. Pues esto dejado
 (Porque en efecto no quiero
 Hablares en penas hoy)
 De Doña Ana lo que puedo
 Deciros es que ni el rostro
 La he visto desde el suceso
 Desta noche, ni en ventana,
 Ni en iglesia, ni en paseo
 De Prado y Calle Mayor,
 Que es mucho para mí, siendo,

Como soy, vecino suyo.
D. JUAN. Fuerza es, Don Pedro. Pero
¿Quién puede á mí asegurarme
Que es por mí, y no por el muerto
Ese luto que ha vestido
Su hermosura?
D. PEDRO. Mas ¡qué presto
á lo que le está peor
discurre el entendimiento!
D. JUAN. ¿Qué quereis? Es más honrado
El mal que el bien.
D. PEDRO. No lo entiendo.
D. JUAN. Yo sí, pues dudo del bien
Cuanto dice y del mal creo
Cuanto imagina; y mirad
Cual es más honrado; puesto
Que uno siempre está tratando
Verdad, y otro está mintiendo.
Pero lo que de la noche
Restaba al nocturno velo
Se ha desvanecido ya,
De la hermosa luz huyendo
Del sol. Recogeos, y hacez
Del día noche.
D. PEDRO. No puedo,
Porque tengo á aquestas horas
Que hacer, y ántes agradezco
Haberme hallado vestido.
D. JUAN. Desvelado galanteo
Teneis, pues os recogeis
Tan tarde y volveis tan presto.
D. PEDRO. Ando por averiguar,
Don Juan amigo, unos celos,
Por dejar desengañada
Una pretension que tengo;
Y he de ir al Parque, porqué
Su apacible sitio ameno
De las flores y las damas
Es el cortesano imperio
Estas *mañanas de Abril*
Y *Mayo*, y he de ir siguiendo
Esta dama. Vos podeis
Descansar en tanto.

ESCENA V.

DOÑA CLARA É INÉS, con mantos y sombreros.

INÉS. ¿En fin, has dado en que has de ir
Al Parque?
D. CLARA. Quieres saber
Si puede dejar de ser
Inés? Pues has de advertir
Que me ha dicho que no vaya
A él D. Hipólito; y creo
Que fué alentar mi deseo
Para que más presto le haya;
Pues si ayer cuando me habló,
Que viniera me dijera,
Presumo que no viniera.
Y sólo porque llegó
A persuadirse que habia
De obedecerle, me ha dado
Tal gana, que he madrugado
Dos horas ántes del día
INÉS. No es en nosotras hoy nueva
Esa culpa, ese pecado;
Que pecar en lo vedado
Es el patrimonio de Eva.
Pero no sé lo que diga
Deste amor, deste deseo
De los dos, porque no creo
Lo que á los dos os obliga.
Don Hipólito es un hombre
Por loco y por maldiciente
Conocido de la gente
Más que por su propio nombre:
Tú (perdona que lo diga)
Mujer, en justo ó injusto,
Muy amiga de tu gusto,
De tu libertad amiga.
El á todos quiso bien,
Tú á todos quisiste mal:
Díme, ¿amor tan desigual
Cómo ha de parar en bien?

D. CLARA. Pensarás que me he enojado,
Inés, por haberme dicho
Su capricho y mi capricho,
Y ántes gran gusto me has dado;
Porque no hay para mí cosa
Como hombres de extraños modos;
Y que al fin me tengan todos
Por vana y por caprichosa.
¡Qué! ¿quisieras que estuviera
Muy firme yo y muy constante
Sujeta sólo á un amante,
Que mil desaires me hiciera
Porque se viera querido?
Eso no: el que he de querer
Con sobresalto ha de ser,
Mientras que no es mi marido.
Y así por dárselo hoy
A D. Hipólito, quiero
Ir al Parque, donde espero,
Porque disfrazada voy,
Pasear, hablar, reir,
Preguntar y responder,
Ser vista, en efecto, y ver;
Porque no se ha de admitir
Al amante más fiel,
Por el gusto que ha de dar...
INÉS. Pues ¿por qué?
D. CLARA. Por el pesar
Que yo le he de dar á él.
INÉS. Y tienes mucha razon;
Con lo cual hemos llegado
A la calle que fué prado
En virtud del azadón.
D. CLARA. Pues bajemos por aquí
A la de Alamos, que es
Arrendajo del Pajés.
INÉS. Parece que cantan.
D. CLARA. Sí.

(Cantan dentro.)

*Mañanicas floridas
De Abril y Mayo,
Despertad á mi niña,
No duerma tanto.*

.....
.....
.....

Insertamos con mucho gusto el siguiente soneto
de que es autor el poeta D. Ricardo Guijarro.

Á CALDERON DE LA BARCA.

De luz un ángel tu sepulcro cierra,
Y á los siglos venciendo tu memoria
El sol eterno de tu eterna historia
Inunda en su esplendor la madre tierra.
Fué tu espada relámpago en la guerra;
Fué tu pluma compendio de la gloria;
Tu sacerdocio, santa ejecutoria
Que el bien difunde y el error destierra.
En la lid irradiaron tus blasones;
Tu númen del Parnaso te hizo dueño;
Oraste, y descendieron bendiciones.....
Y el pueblo que en tu honor cifra su empeño
Hace ver con orgullo á las naciones
Que tu vida inmortal no ha sido un sueño.